

Fué fatal el que todos los adversarios de España, entre los Estados italianos especialmente Venecia, viesen en la bula de Sixto V una débil condescendencia con Felipe II y la Liga (1). Sin embargo, con esto se hacía una injusticia al Papa. Abriendo una sima difícil de salvar entre los cabecillas de los hugonotes y los católicos, esperaba antes bien Sixto V por una parte separar a Enrique III de los hugonotes, y por otra unir fuertemente a los de la Liga con su rey legítimo, y por este medio hacer también superflua la peligrosa ingerencia de España. Para que no pareciese que obraba en interés de los de la Liga o a consecuencia de la presión de los mismos, en junio, hablando con Nevers y Vaudemont, se había negado a publicar la bula. Pero después de la paz de Nemours parecióle llegado el momento oportuno para la expedición de aquélla, pues a consecuencia de este convenio el rey se unió con la Liga y revocó todas las promesas en favor de los hugonotes, declaró a éstos inhábiles para todos los cargos, sobre todo para subir al trono de Francia, y mandó a sus vasallos volver a la antigua Iglesia o salir del reino dentro de seis meses. Después de este edicto y además después de la bula de excomunión, así lo creía el Papa, en Francia ya no podía haber sino dos partidos: defensores o enemigos de la fe. Si se agrupaban los de la Liga bajo la bandera del rey legítimo y todas las fuerzas militares de la Francia católica se dirigían contra los hugonotes, la antigua fe y con ella también Francia estaba salvada; después se podía resolver la cuestión de la sucesión, y resolver sin España. Este curso de ideas de Sixto V era de todo en todo consecuente, supuesta una cosa: que la reconciliación entre Enrique III y los caudillos de la Liga era sincera y duradera. El Papa así lo creía, porque no tenía conocimiento exacto de la complicada situación de Francia (2).

Enrique de Navarra conoció al punto claramente cuán peligrosa podía serle la bula pontificia. Con la mayor violencia se dirigió contra Sixto. Halló medio de hacer fijar en Roma ya el 6 de noviembre una protesta contra la «excomunión nula de Sixto V, que se arroga el nombre de Papa romano» (3). El tono de que se sirvió, en nada cede en desfachatez al de sus publicistas. De éstos fué el más impor-

(1) V. Charrière, IV, 411.

(2) V. Hübner, II, 168-170; Bremond, 193, nota. Cf. Desjardins, V, 20.

(3) V. Mém. de la Ligue, I, 243; Capefigue, IV, 273 s.; Haag, France protest., Pièces justif., p. 191; Robiquet, II, 225.

tante Francisco Hotmann, autor del escrito «Rayo impotente» (*Brutum fulmen*) (1). Dícese aquí que la «pútrida bula de excomunión» era impía, injusta y falsa, y el acusador estaba vendido a la herejía; que Sixto V era el «heresiarca y anticristo». Que Enrique se declaraba dispuesto a probarlo en un «concilio libre y legítimamente reunido», y que sólo a semejante sínodo se sometía (2).

Ya antes Enrique había dirigido protestas a la Sorbona, a la nobleza, al estado llano y a la ciudad de París, cuyo autor era Duplessy-Mornay; demandaba en ellas que para su instrucción se reuniese semejante concilio y para la reforma del reino los Estados generales (3). Este llamamiento, así como la afirmación de que la bula era un atentado a los derechos del Estado, halló aceptación especialmente en el Parlamento de París (4). Dirigióse éste con las más violentas expresiones contra la «presunción» del Papa de querer establecer la sucesión en el trono, y exhortó al rey a arrojar al fuego la bula en presencia de todo el clero galicano (5). Fuera de esto, también muchos franceses, que de ninguna manera compartían las opiniones religiosas del de Navarra, se declararon por su derecho de sucesión al trono y combatieron la bula, que según su parecer había sido arrancada por los de la Liga, «perturbadores de la paz», y por Felipe II (6). Todos aquellos católicos que en el proceder con-

(1) El escrito de Fr. Hotmann (*Hotomanus*): *Brutum fulmen P. Xysti V adversus Henricum regem Navarrae etc.* 1585 (cf. Reichenberger, I, 250, 252 y sobre las traducciones alemanas A. Hauffen en la revista *Euphorion*, VIII, Leipzig, 1901, 560 s.) fué puesto en el Índice. Reusch hace resaltar que es bien singular que no se pusiese en el Índice el libro de Francisco Perrot: *Avviso piacevole dato alla bella Italia sopra mentita data dal Re di Navarra a P. Sisto V da un nobile Francesc.*, Monaco, 1586 (falso pie de imprenta), que saca utilidad de los pasajes anticuriales que se hallan en Dante, Petrarca y Boccaccio. Belarmino ha refutado este escrito en un Apéndice al *Tractatus de summo Pontifice de sus Controversias*. Un catálogo de las impugnaciones y defensas de la bula da J. Lelong: *Bibl. hist. de la France, nouv. éd.*, Paris, 1768 s. El Vat. 5450 contiene: *Apologeticum adversus protestationem Henrici Borb. et Henrici Conde adversus declarat. Sixti V.*

(2) Mém. de la Ligue, I, 243; Polenz, III, 219 s. Luis Olivo dice en su carta escrita desde Roma a 23 de julio de 1586, que Navarra había escrito una «carta diabólica al Papa». *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Berger de Xivrey, *Lettres missives*, II, 138, 165; Mém. de la Ligue, I, 300 s.; L'Epinois, *La Ligue*, 29, nota 1.

(4) Desjardins, IV, 597; Robiquet, II, 229 s.

(5) Mém. de la Ligue, I, 222.

(6) A este lugar pertenece el escrito de Pedro du Belloy con duras acometidas al concilio de Trento, publicado por primera vez en francés en 1585 (v. Schelhorn, *Amoen. hist.*, I, 922), contra el cual se dirigió Belarmino en un tra-

tra Navarra sólo veían una jugada política, se adhirió ahora a éste (1), de modo que ocurrió precisamente lo contrario de lo que Sixto V había intentado con su bula (2). Produjo especial impresión el haber salido en defensa del de Navarra el duque de Montmorency, cuyo influjo se extendía a todo el Languedoc. «Si la consideración al bien público y a la religión, dió éste a entender, ha hecho a muchos partidarios de los Guisas, la declaración del rey de Navarra de cambiar su fe conforme a un concilio y el Estado según las resoluciones de los Estados generales, ha llevado a la mayor parte de los buenos católicos y verdaderos franceses a la persuasión de que aquí no se trata de una cuestión religiosa, sino política. Si los católicos se juntan al de Navarra, seguramente le reducirán a la Iglesia.» Dijo que él emplearía en ello todas sus fuerzas en la convicción de que un año de guerra civil perjudicaba más a la religión, que diez años de paz. Enrique de Navarra en 1.º de diciembre de 1585 se había dirigido también al rey Enrique III. Pintóle cuánto le había de tocar a su majestad la ingerencia del Papa en el orden de sucesión en el trono, y que le sería preparada la misma suerte que en otro tiempo a Childerico por el Papa Zacarías (3). Pero aunque a Enrique III le fué desagradable el paso dado por el Papa, no se atrevió a contradecirlo abiertamente. No hizo nada por la bula, pero tampoco se interesó por el Parlamento (4).

Sixto V tenía presente la difícil posición del rey, de la que no tenía éste solo la culpa; sentía compasión por él y de buena gana le hubiese ayudado, si hubiera sido posible ayudar a un hombre tan débil y falso. Los sentimientos en el fondo benévolos del Papa para con Enrique III fueron a éste de utilidad para componer el incidente que había provocado al no admitir al nuncio pontificio. Tan pronto como se creyó al principio en la curia (5), no se llevó

tado seudónimo; v. Döllinger-Reusch, Autobiografía de Belarmino, 88 s. Cf. *ibid.*, 91 s. sobre la réplica de Belarmino contra el *Avviso piacevole dato alla bella Italia* (arriba, pág. 257, nota 1).

(1) Cf. Charrière, IV, 422.

(2) V. Desjardins, V, 20.

(3) V. L'Épinois, *La Ligue*, 29 s.

(4) V. Stähelin, 29.

(5) V. la *relación de C. Capilupi de 14 de agosto de 1585. Según la *relación del mismo de 7 de agosto, se decía que el cardenal Julio Canano iría como legado a Francia, acerca de lo cual sin embargo advierte Capilupi en su *carta de 10 de agosto, que esto era imposible, antes que Enrique III hubiese dado satisfacción. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

a efecto ciertamente la inteligencia, recomendada también por Venecia (1), y agenciada con ardor por Este, pues Sixto V se tenía por obligado a guardar la dignidad de la Santa Sede (2). Pero su recto instinto le decía también, que un completo rompimiento con Enrique III había de ser útil a los enemigos de la fe o a los que con segundas intenciones egoístas defendían la causa católica: los Guisas y Felipe II (3). Mas la situación de Enrique III en la lucha de nuevo encendida con los hugonotes era tal, que no podía carecer de la ayuda del Papa (4). A principios de noviembre de 1585 corrió la voz de que el obispo de París, Pedro Gondi, iba a ser enviado a Roma (5). El Papa, continuamente intranquilo por las circunstancias de Francia (6), tuvo noticia con gozo de esta resolución (7). Gondi fué por él recibido con mucha afabilidad (8), pues trajo las mayores seguridades sobre la firme voluntad de su rey, de purificar a Francia de la herejía (9). Pudo al fin anunciar a París, que el Papa otorgaba al rey de Francia como auxilio contra los hugonotes la solicitada enajenación de los bienes eclesiásticos hasta el importe de 2 400 000 libras (10).

(1) V. la *carta de C. Capilupi de 10 de agosto de 1585, *ibid.*

(2) V. las *relaciones en Bremond, 192. Cf. también las *cartas de C. Capilupi de 31 de agosto y 28 de diciembre de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*. La *carta de Enrique III al Papa, en la que toma sobre sí la culpa del incidente, pues Vivonne había obrado según su mandato, está fechada a 17 de agosto de 1585; su original se halla en el *Ottob.* 3210, I, p. 12, *Biblioteca Vatic.*

(3) V. Hübner, I, 272.

(4) Cf. las *relaciones de C. Capilupi de 5 y 18 de octubre de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) El original de su *credencial, fechada a 7 de noviembre de 1585, en el *Ottob.* 3210, I, p. 7, *Biblioteca Vatic.* *Ibid.* una *carta de Catalina de Médicis al cardenal Rusticucci, que recomienda a Gondi, fechada el 9 de noviembre de 1585. Falta en las *Lettres de Cath. de Médicis*, donde VIII, 356 s. sólo está la carta sin fecha de la reina madre a Sixto V. Gondi partió el 9 de noviembre; v. Desjardins, IV, 597.

(6) Cf. la *relación de C. Capilupi, de 12 de octubre de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*. A Francia se referían también sin duda las Cuarenta horas ordenadas para un negocio especial, de las que hace mención el **Avviso* de 5 de noviembre de 1585. *Urb.*, 1053, p. 474, *Biblioteca Vatic.*

(7) V. la *relación de C. Capilupi de 13 de noviembre de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(8) V. el **Avviso* de 18 de diciembre de 1585, *Urb.*, 1053, p. 585, *Biblioteca Vatic.*

(9) Cf. las cartas autógrafas de Sixto V a Enrique III y Catalina de Médicis en el *Arch. d. Soc. Rom.*, V, 564 s.

(10) V. L'Épinois, *La Ligue*, 40 s., donde también hay pormenores sobre la oposición del clero francés.

A esto se juntó al fin el arreglo del incidente a causa de la no aceptación de Frangipani. Después que Enrique III se hubo declarado dispuesto a recibirle como a nuncio en París, Sixto V concedió que Vivonne se encargase de nuevo de la embajada romana, pero con la condición de que el destinado para prestar obediencia, Francisco de Luxemburgo, duque de Piney, se presentase antes en Roma. Esta cuestión de forma, que hizo nuevamente dudosa la inteligencia, fué con todo vencida felizmente por los esfuerzos del cardenal Este (1). En la última semana de junio del año 1586 partió Frangipani para París (2). En su camino se encontró con Vivonne, que el 10 de agosto llegó a Tivoli (3). Como no estaban aún arregladas todas las cuestiones respecto de su vuelta y de la tributación de obediencia (4), hizo mansión entre tanto en la villa de Este. Luego se trasladó a Roma, donde obtuvo al punto audiencia. En ésta tuvo la prudencia de pedir expresamente perdón al Papa, después de lo cual éste le abrazó y besó (5). Después que el 9 de septiembre de 1586 hubo llegado también el duque Francisco de Luxemburgo, él y Vivonne fueron recibidos por el Papa al día siguiente, en el cual se erigió el obelisco en la plaza de San Pedro (6). El 11 de septiembre el duque en nombre de Enrique III prestó solemnemente obediencia al Papa en la Sala Regia. Después Luxemburgo y Vivonne tuvie-

(1) V. las relaciones de Gondi en Bremond, 195 s. y Desjardins, V, 21 s. Cf. también las *relaciones de C. Capilupi de 8 de enero (le cose di Francia ancor molto suspenso) y 8 de marzo de 1586 (Frangipani no ha recibido aún permiso para ponerse en camino, aunque el rey ha calificado de grata su presencia). *Archivo Gonzaga de Mantua*. Sobre Francisco de Luxemburgo cf. Berger de Xivrey, *Lettres missives*, III, 22, nota 2.

(2) Capilupi *notifica el 3 de mayo de 1586, que Frangipani estaba dispuesto para partir, y que sólo se esperaba la noticia de la partida de Vivonne para Roma. *Archivo Gonzaga de Mantua*. En 14 de mayo de 1586 se expidió el *breve para Enrique III respecto al envío de Frangipani (Brevia, Arm. 30, t. 30, p. 200, *Archivo secreto pontificio*), pero hasta el 21 de junio no anuncia un *Aviso la partida del nuncio, a quien el Papa sólo dijo: Fiat voluntas tua (Urb., 1054, p. 243). El 6 de septiembre de 1586 *notifica Enrique III al Papa la llegada de Frangipani y da las gracias al mismo tiempo por la continuación de Vivonne como embajador; el original está en el Ottob. 3210, I, p. 23, *Biblioteca Vatic.*

(3) V. Bremond, 199. Ya mucho antes se había esperado a Vivonne; v. las *relaciones de Sporeno de 21 de junio y 12 de julio de 1586, *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*.

(4) Qué trabajo tuvo Este para conseguir especialmente la vuelta de Vivonne antes de la llegada de Luxemburgo, se saca de su *correspondencia, que se halla en el Fonds fr. 16042 de la *Biblioteca nacional de París*.

(5) V. la relación de Vivonne de 26 de agosto de 1586, en Bremond, 200.

(6) V. las relaciones de Vivonne y Luxemburgo *ibid.*, 200 s.

ron la honra de comer con el Papa, y una vez levantados los manteles de permanecer todavía una hora conversando con él. El Papa estaba en la mejor disposición de ánimo y honró singularmente a Vivonne. Este no quiso quedarse atrás, y declaró que sólo por su culpa se había originado el incidente. El Papa aseguró reiteradamente su amor a Francia y a su monarca. Si el rey lograba, así hizo observar, restablecer la paz en su reino, y si le era dado un heredero del trono, «entonces yo propondría a su majestad, sin cuidarme de los españoles, una empresa común contra Túnez, donde en otro tiempo luchó San Luis. Tales guerras son las que quiero, no las que se hacen entre cristianos. Dinero no me falta; ya tengo reunido un millón en el castillo de San Ángel» (1).

El Papa dió las gracias al rey de Francia el 3 de octubre de 1586 por la tributación de obediencia y los sentimientos de filial sumisión expresados en esta ocasión (2), envióle por Francisco de Luxemburgo una reliquia de la santa cruz (3) y le concedió el 27 de octubre, mientras el rey viviese, la extensión del concordato a la Breña (4). Pues Sixto V todavía no había perdido la esperanza en Enrique III, aunque las exhortaciones a la pronta y enérgica dirección de la guerra contra los hugonotes, a la que había ligado su concesión de subsidios, de ninguna manera se habían cumplido (5).

El rey, de su natural amante de la paz (6), desde el principio siguió con muy poco ardor el curso de la guerra, en la que no deseaba la victoria ni del uno ni del otro partido. Como la Liga se le hacía cada vez más incómoda y peligrosa, tenía vivo deseo de sustraerse a su influjo, consiguiendo una reconciliación de Navarra con Roma (7). También Montmorency negociaba sobre esto con el nun-

(1) V. Acta consist., 847, el *Aviso de 13 de septiembre de 1586 (Urb., 1054, p. 400, *Biblioteca Vatic.*) y las relaciones de Vivonne en Bremond, 202 s. Cf. también las *relaciones de Camilo Strozzi, de 3 y 10 de septiembre de 1586, *Archivo Gonzaga de Mantua*, y la Oratio ad Sixtum V, Romae, 1586, pronunciada por Mauricio Brescio en esta solemnidad.

(2) V. Brevia Sixti V en el Arm. 44, t. 30, p. 239, *Archivo secreto pontificio*.

(3) V. la carta en el Arch. d. Soc. Rom., V, 581, 585.

(4) V. Acta consist., 847. La *carta de acción de gracias de Enrique III por esta merced, fechada en París a 22 de diciembre de 1586, en la Nunziat. di Francia, XIX, 338, *Archivo secreto pontificio*.

(5) V. Bremond., 252. Cf. Philippson, *Granvela*, 467.

(6) V. la *Relatione del regno di Francia de 1587, ms. en *Poseción privada* en Borgo de Valsugana, dato comunicado por monseñor Benetti de Trento.

(7) V. Stähelin, 93 s.

cio Frangipani. Éste se dirigió a Roma pidiendo instrucciones. El Papa declaró infundadas las objeciones contra su bula, pero dijo que estaba dispuesto a querer oír a Enrique de Navarra, si él reconocía sus errores y pedía perdón (1). Sin embargo, Felipe II estaba resuelto a impedir semejante reconciliación. El 15 de septiembre de 1586 se encargó a Olivares representar vivamente al Papa, que no se llamase a engaño sobre la sinceridad del de Navarra. Que aunque éste se convirtiese exteriormente, no obstante era claro que todo en él sería sólo fingimiento. Que él, el rey católico, nunca podría admitir que un hereje relapso fuese señor de un reino como Francia, que luego al punto había de caer en herejía (2).

El 30 de diciembre de 1586 murió con general sentimiento de los curiales el cardenal Este, enfermo desde hacía mucho tiempo (3). En marzo de 1587 siguió a la eternidad el cardenal Rambouillet (4). En el mismo mes murió también el anciano Frangipani, que al fin se había granjeado todo el afecto de Enrique III (5). Mientras Sixto V concedió el puesto de protector de Francia, vacante por la muerte de Este, al joven y vivo cardenal Joyeuse, conforme al deseo del monarca francés (6), y nombró en junio de 1587 después

(1) V. la carta del cardenal Montalto a Frangipani en el Arch. d. Soc. Rom., V, 579 s. Cf. L'Epinois, La Ligue, 57 s., 65 s.

(2) V. Hübner, III, 227 s.

(3) V. el *Avviso de 31 de diciembre de 1586 sobre el fin cristiano de este mundano príncipe de la Iglesia, que estuvo en tirantez de relaciones con Sixto V. Dicese en el Aviso que la tristeza había sido tan grande como en Tito «delitiae generis humani», parendo ad ognuno, che sebene questa corte ha sempre accessi molti lumi di splendore et di grandezza, nondimeno le ne sia oscurata una gran parte con la morte di un signore, che nelle cortesie, nell'hospitalità, nella prontezza degli officii et in tutte l'altre qualità, che formano un vero magnanimo, non hebbe mai alcuno che l'avanzasse. Urb., 1054, p. 451^b, *Biblioteca Vatic.* Cf. también la relación publicada por Bremond, 245 s. y la *relación de A. Malegnani de 31 de diciembre de 1586. *Luis Olivo el 13 de agosto y 22 de octubre de 1586 había ya notificado la enfermedad de Este. *Archivo Gonzaga de Mantua.*

(4) Murió en Corneto; v. la *relación de Malegnani de 25 de marzo de 1587, *Archivo Gonzaga de Mantua.* Cf. Arch. d. Soc. Rom., V, 574.

(5) V. L'Epinois, La Ligue, 74; Bremond, 254. Según la *relación del embajador veneciano de 4 de abril de 1587, murió Frangipani tan pobre, que ni siquiera había dinero para su entierro. El Papa anunció con lágrimas en los ojos su muerte; v. la *relación del mismo embajador de 12 de abril de 1587, *Archivo público de Venecia.*

(6) V. la carta de Sixto V en el Arch. d. Soc. Rom., V, 587 s.; Bremond, 247 s. *Ibid.*, 249 s. sobre la llegada de Joyeuse en 20 de agosto de 1587 y su inconsiderada y provocativa conducta con Sixto V. Cf. Aubéry, Vie du card. Joyeuse, París, 1654.

de largas negociaciones al obispo de Brescia, Juan Francisco Morosini, nuncio en París (1).

La elección de Sixto V no hubiera podido ser mejor. Morosini, amigo de San Felipe Neri, era no solamente un excelente sacerdote, sino también un insigne diplomático. Antes de su entrada en el estado eclesiástico había este noble veneciano representado a su ciudad natal en Turín, en Polonia y Madrid; más tarde siendo obispo de Brescia trabajó en el sentido de la reforma católica (2). La incumbencia que ahora le confió el Papa: la defensa de los intereses católicos en Francia, era la más difícil que se puede imaginar, pues la situación del país empeoraba visiblemente. Sixto V estaba por ello tan apesadumbrado, que se apoderó de él la melancolía (3).

Cómo estaban las cosas en Francia, describió Morosini de una manera insuperable. «Aquí, así escribía, reina la guerra en el interior y en el exterior. Hay partidos políticos y religiosos: católicos y protestantes, políticos y partidarios de la Liga están en oposición. La división en partidos es tanto más intensa, cuanto subsiste entre aquellos a los que debía unir el interés común. Los grandes desconfían unos de otros, algunos favorecidos gozan de soberbia bienandanza. El odio del pueblo al gobierno y al rey es enorme.» Sobre Enrique III hace observar Morosini, que este soberano constaba por decirlo así de dos personas: que deseaba el abatimiento de los hugonotes y sin embargo temía semejante resultado; que de igual manera temía la derrota de los católicos y con todo también la deseaba. Que por esta discordia interior el infeliz monarca estaba en sí mismo desconcertado y confiaba sólo todavía en su valido Eperón, cuya envidia a Guisa se había convertido en odio y había transmitido también al rey estos sentimientos. «La honra y la codi-

(1) V. Bremond, 254 s.; Arch. d. Soc. Rom., V, 572. Sobre los otros candidatos cf. también las *relaciones de A. Malegnani de 6 y 8 de abril de 1587, *Archivo Gonzaga de Mantua.*

(2) Sixto V en su *breve de 4 de junio de 1587 al duque Guillermo Gonzaga pudo con razón elogiar a Morosini como virum gravissimis in legationibus magna semper cum pietatis integritatisque laude versatum (original en el *Archivo Gonzaga de Mantua*). Cf. St. Cosmi, Mem. d. vita di Morosini, Venetia, 1676. Para la nunciatura francesa de Morosini, además de las *Memorie e registri del Barb. LXI, 31 (*Biblioteca Vatic.*), utilizadas por primera vez por Tempesti, merecen consultarse los numerosos *documentos del *Archivo secreto pontificio*, que L'Epinois ha aprovechado diligentemente.

(3) V. las *relaciones de Malegnani de 18 y 25 de julio de 1587, *Archivo Gonzaga de Mantua.*

cia, prosigue refiriendo Morosini, dominan al soberbio Epernón, mientras el caballeroso Guisa se señala por su generosidad. El pueblo adora a Guisa, el rey le aborrece y ama a Epernón odiado por el pueblo.» (1)

En vista de la falta de principios de Enrique III las clases directoras de la capital de Francia intentaron poner fin por sí mismas al estado de cosas cada vez más intolerable. Abogados, párrocos y comerciantes formaron en París una liga secreta, que por el presidente por ellos elegido de las dieciséis personas correspondientes a los barrios de la ciudad, se llamó la «Liga de los dieciséis». Los que tenían parte en ella, prometieron con juramento hacer todos los esfuerzos posibles para que no subiese al trono un hereje en Enrique de Navarra, y desterrar los abusos del gobierno del rey. Esta confederación, que pronto se estableció también en otras ciudades: en Orleáns, Lyon, Tolosa, Burdeos y Ruán, concertó una alianza con los Guisas para la supresión de la herejía y de los abusos en la administración de justicia (2).

El año 1588, que debía traer la gran decisión en la lucha titánica entre España e Inglaterra, parecía también ser decisivo para Francia. El peligro común había hecho en 1587 salir a campaña al rey y a Guisa contra los hugonotes; con el alejamiento del peligro estalló también de nuevo la antigua discordia entre los católicos. El rey veía en los de la Liga a sus más peligrosos enemigos, y éstos desesperaban del monarca dominado por Epernón. Todos los esfuerzos de Sixto V y su nuncio para reconciliar a los dos partidos católicos fueron inútiles (3). El embajador de Felipe II atizaba la discordia cuanto podía, pues temía una intervención de Enrique III en favor de Inglaterra.

En enero de 1588 resolvieron los Guisas en Nancy obligar al rey a adherirse a la Liga. En París, donde se temía un acometimiento repentino de los hugonotes, subía la efervescencia de día en día. Algunos predicadores excitaban los ánimos con mucha vehemencia y sentaban las más atrevidas teorías (4). Enrique III amenazaba, pero nada se atrevía a emprender. Juntó tropas en las cer-

(1) Tempesti, I, 612 s.

(2) Cf. Ranke, Los Papas, II⁸, 101 e Historia de Francia, I, 422 s.

(3) V. L'Epinois, La Ligue, 115 s., 173.

(4) Cf. Labitte, De la démocratie chez les prédicateurs de la Ligue², París, 1865. Haferkorn (Los predicadores principales de la Liga [Programa del gimnasio de Wettin], Dresde, 1892) no trae nada nuevo.

canías de la capital, pero al mismo tiempo hizo negociar con los Guisas. Los parisienses, intranquilos por las prevenciones militares del rey, rogaron a Guisa que se presentase para protegerlos. Inútilmente procuró Enrique III impedirlo. El 9 de mayo se presentó el duque en París, recibido como un triunfador por el pueblo con el grito de júbilo: «¡Viva Guisa, columna de la Iglesia!» Enrique III, sumamente espantado, hizo el 12 de mayo que entrasen en la ciudad sus suizos. Ésta fué la señal para el estallido de la revolución. Como por encanto en todas partes se levantaron barricadas. El animoso nuncio Morosini se encaminó presuroso sobre ellas a pie hacia el Louvre, para intentar aún a última hora una pacífica solución. Pero todavía durante su presencia en el palacio real estalló la lucha en las calles. Enrique III buscó su salvación en la huida, y Guisa parecía ser señor de la capital de Francia, donde, con todo, pronto los elementos radicales obtuvieron la superioridad (1).

Sixto V, que hasta entonces se había afanado de todas maneras en predicar reconciliación a los dos partidos católicos y en exhortarlos a la lucha común contra los hugonotes (2), fué tanto más sobrecogido por la noticia de los sucesos de París, cuanto estaba lleno de amor sincero a Francia, benemérita tantas veces de la Iglesia (3). Refiérese que su excitación fué tan grande, que no podía ni dormir, ni comer (4). El proceder de Guisa, que podía empujar a Enrique III a echarse en brazos de los hugonotes y destruyó la unión de los católicos, lo condenó de la manera más severa. Pero por otra parte censuró también la cobarde conducta del rey.

De la manera más franca se expresó el Papa hablando con el embajador veneciano Gritti. Éste indicó que el senado temía que el rey de Francia para sustraerse a sus embarazos seguiría una política perjudicial a la causa católica, lo cual daba a entender el lenguaje de sus servidores. Suspirando respondió el Papa: «Los señores de Venecia tienen mucha razón. Sus quejas son por desgracia demasiado fundadas; pero Nos alegramos de saberlas, pues mientras un diente

(1) V. L'Epinois, La Ligue, I, 134 s., 142 s., donde están utilizadas por menudo las relaciones de Morosini. Cf. Robiquet, II, 364 s.

(2) Todavía pocos días antes del levantamiento de París Sixto V había escrito en este sentido al duque de Guisa; v. Hübner, II, 190.

(3) *Pregamo Dio che non abandoni quel regno per li molti meriti di tanti gloriosi Re passati, escribía de su propia mano el 19 de abril de 1588 al gran duque de Toscana. Archivo público de Florencia, Med., 3715.

(4) V. L'Epinois, I, 179.